

EL PROYECTO DE CATECISMO UNIVERSAL

Mons. Elías Zoghby

Para la Iglesia toda, es una obligación fundamental y permanente revisar su capacidad para llevar a los hombres a Jesús y para insertar el Evangelio en todas las culturas. Por ello las preguntas sobre los instrumentos que ella misma se da para el mejor cumplimiento de su misión son siempre importantes.

En nuestros días es un signo de los tiempos el cuestionamiento de todos los etnocentrismos propios de una cultura trasnochada y la revalorización de las culturas particulares de cada pueblo. Por ello el tema de la "inculturización de la fe" es uno de los más ricos veneros de la teología y de la pastoral.

Mons. Elías Zoghby es actualmente Arzobispo de Baalbek en el Líbano. Ha sido anteriormente Arzobispo de Nibia y vicario patriarcal para Egipto y Sudán. Desde una profunda Fe cristiana vivida en el contexto cultural oriental y mirando con particular afecto a las iglesias más nuevas en la historia, el Arzobispo se interroga y nos interroga a todos sobre la pertinencia del proyecto de un catecismo universal: ¿Es lo más conforme a la letra y al espíritu del Concilio Vaticano II? ¿Es lo más congruente con el Evangelio? ¿No tiene el peligro de "apagar el Espíritu"? (N. de la R.)

"No apaguéis al Espíritu ni desprecéis dones de profecía" (1 Tes 5, 19-20).

INTRODUCCION

El drama del Concilio de Calcedonia (451), que desgarró a la Iglesia de Cristo, no deja de reproducirse y de debilitar a la cristiandad. Por no haber tomado en consideración las divergencias culturales entre los pueblos, este concilio condenó y arrojó fuera del cuerpo de Cristo a las iglesias llamadas monofisitas. Esta herida, todavía sangrante, ha afectado a la Iglesia durante quince siglos. Ha sido necesario todo este tiempo para que un papa, Pablo VI, y los patriarcas monofisitas, copto, armenio y sirio, publiquen comunicados comunes, atribuyendo esta ruptura multiseccular a raíces puramente culturales, ya que la misma fe había sido expresada de manera diferente por iglesias de culturas diferentes.

Y he aquí que papas, patriarcas, obispos y teólogos, católicos y ortodoxos, afirman a sangre fría que el gran cisma que acabó de cortar en dos a la Iglesia de Cristo, y que se mantiene después de mil años, se debió a motivos de orden humano, temporal y político, sin excluir las divergencias culturales entre iglesias que profesan sustancialmente la misma fe.

El afán de uniformidad ha sido, por tanto, el destructor de la unidad cristiana. Se cree que se debe dar una expresión común a una fe común, y cada iglesia quiere imponer su propia formulación de las verdades que hay que creer. En este marco es donde hay que colocar el proyecto de catecismo universal, adoptado por el Sínodo Extraordinario de los Obispos.

1. ¿QUE ES UN CATECISMO?

Lo que importa saber es de qué catecismo se trata. Un catecismo que sea un simple inventario de las verdades que hay que creer, semejante al que aprendimos de memoria en los bancos de la escuela, en forma de preguntas y respuestas, no sería digno de que fuera objeto de una decisión del Sínodo Extraordinario de los Obispos.

El verdadero catecismo debe servir de manual para la catequesis.

Pues catequizar es formar cristianos cuya conducta, pensamiento, sentimiento y oración se inspiren en el evangelio de Jesucristo, es decir, en su vida y en su enseñanza. Un catecismo así no puede ignorar nada de lo que afecte a la formación cristiana: fe, liturgia, sacramentos, disciplina, moral. Es de este catecismo del que vamos a hablar.

2. EL CATECISMO UNIVERSAL Y LAS IGLESIAS JOVENES

No insistiremos aquí en las iglesias orientales unidas a Roma, que han sufrido la imposición del derecho latino, la disciplina latina, con ligeros matices, la eclesiología latina, los manuales de teología latina y, como consecuencia, la catequesis latina. Nos interesarán sobre todo, en estas páginas, las iglesias jóvenes de los países del Tercer Mundo, fundadas por la iglesia romana, entre pueblos de cultura enteramente diferente de la latina, y a las que se les ha impuesto no sólo una expresión latina de los dogmas, sino el derecho latino, la liturgia latina y, antes del Vaticano II, la lengua latina, sin hablar de las costumbres y de los ornamentos eclesiásticos latinos —extranjeros para ellos— con los que se han disfrazado sus jerarcas.

En desventaja en su apostolado con estos pueblos, los obispos de estas iglesias jóvenes han querido dotarlas de una expresión religiosa, de unos ritos, de una lengua litúrgica y de una disciplina adaptadas a sus costumbres y medio cultural propio. El Concilio Vaticano II, por su apertura al mundo y a todas las culturas, ha sido la ocasión providencial para relizar las aspiraciones de todas las iglesias que gozan de la comunión con la sede de Roma. El catecismo universal, ¿favorece estas aspiraciones? Dicho de otro modo: ¿está en la línea del Vaticano II?

3. EL CATECISMO UNIVERSAL BLOQUEA AL VATICANO II

Es cierto que un concilio no puede, en pocos años, poner fin a una situación que ha prevalecido durante siglos. El Vaticano II puso los jalones de una reforma que debe hacerse gradualmente, a través de décadas si no de siglos. Marca un comienzo de apertura y no un

término. No es sorprendente que un concilio de estas características se encuentre con dificultades y que algunos quieran ahogar en germen una reforma apenas bosquejada. En este contexto, el proyecto en cuestión sería un verdadero obstáculo.

En efecto, editar hoy un catecismo universal, especie de profesión de fe común y solemne, que se beneficiaría de la aprobación cuasi infalible del Papa, es congelar los decretos conciliares, que no son más que un proyecto, en una formulación cuasi definitiva, que supondría el término final de una reforma apenas esbozada. Paralizaría las investigaciones emprendidas por los obispos interesados, por los teólogos, los liturgistas y los juristas, en orden a poner el Concilio en la vía de la ejecución de las realizaciones concretas, y consagraría el estado de hecho actual y ligaría a la Iglesia por mucho tiempo al hoy, todavía tan semejante al ayer del Concilio.

4. ¿PUEDE LA IGLESIA ROMANA HACER UN CATECISMO "UNIVERSAL"?

Para que un catecismo puede ser llamado universal es preciso que emane de la Iglesia universal, es decir, de toda la Iglesia, que esté destinado a todos los cristianos y que esté inspirado en la tradición cristiana universal. Ahora bien: la iglesia romana, que se reduce de hecho y esencialmente a la iglesia latina, es una iglesia particular, que destina a sólo los católicos un catecismo que se inspira en una tradición particular, la latina. Este catecismo, por tanto, no puede ser llamado universal.

La tradición ortodoxa, tanto teológica como litúrgica, jurídica y ascética, constituye una parte integrante, y no la menos importante, de la tradición cristiana. Toda obra o institución religiosa que la ignoren no pueden ser universales, lo mismo que un concilio celebrado por la iglesia romana, con ausencia de la ortodoxia oriental,

no puede ser universal o ecuménico. ¿No es esto lo que quiso dar a entender el papa Pablo VI cuando, en su mensaje hecho público con ocasión de la celebración del séptimo centenario del Concilio de Lyon, calificó a este concilio de sexto de los sínodos generales de Occidente?

5. ¿ES OPORTUNO QUE LA IGLESIA ROMANA HAGA UN CATECISMO CATOLICO PARA IMPONERLO A LOS ORIENTALES UNIDOS?

¡No! Porque, aunque los católicos orientales participen la fe de la iglesia romana, no están siempre obligados a participar su formulación latina, formulación que deberá ser revisada por la iglesia católica y ortodoxas reunidas, a la luz de la tradición universal.

Por otra parte, una verdadera catequesis debe centrarse en la eucaristía; los orientales unidos, al tener su liturgia eucarística y sacramental propia, no pueden adoptar pura y simplemente un catecismo de inspiración latina.

6. ¿ES OPORTUNO QUE LA IGLESIA ROMANA HAGA UN "CATECISMO UNIVERSAL" PARA TODA LA IGLESIA LATINA?

¡Tampoco! Ni en el plano ecuménico ni en el pastoral.

a) En el plano ecuménico: El Vaticano II abrió una era de diálogo con la ortodoxia oriental; y se ha nombrado una comisión mixta para tratar de reducir las divergencias que existen entre las iglesias romana y ortodoxas y llevar a estas iglesias a entenderse en una formulación común de las verdades objeto de litigio. Un catecismo de esta importancia, hecho unilateralmente por la iglesia romana, y que consagre la formulación latina, entorpecería los

¿Ya puso usted...
EL gallo de las
espuelas de oro
en su biblioteca?

trabajos de esta comisión y haría creer que la iglesia de Roma no toma en serio el diálogo con la ortodoxia.

b) En el plano pastoral: Es impensable que la iglesia católica, después del Vaticano II, quiera imponer un catecismo uniforme, de inspiración latina, a las iglesias jóvenes del Tercer Mundo, fundadas por la iglesia romana y cuya cultura difiere totalmente de la latina.

En efecto, el cristianismo no es una pura ideología. Es una relación de persona a persona, del alma con Cristo. Es una comunión de vida, que supone un intercambio directo, en el que Cristo y el hombre dan y reciben. Si el Hijo de Dios se ha dado al alma, exige la reciprocidad: "Dame, hijo mío, tu corazón" (Prov. 23,26). Ahora bien: este amor recíproco es una participación en la vida trinitaria. Cristo nos ama con el mismo amor con que el Padre le ama: "Igual que mi Padre me amó os he amado yo" (Jn. 15,9). Y, dirigiéndose al Padre, Jesús exclama: "Padre justo, yo te he revelado a ellos y seguiré revelándote, para que el amor que tú me has tenido esté en ellos y también yo esté con ellos" (Jn 17, 26). Cristo desciende a nosotros, dondequiera que habitemos: "Estoy a la puerta llamando". Y pone su mesa entre nosotros: "Si uno me abre, entraré en su casa y cenaremos juntos". (Ap. 3,20).

En resumen, Cristo nos asume tal como somos, dondequiera que estemos, con nuestro temperamento, nuestras costumbres ancestrales, nuestra constitución física y moral, nuestra herencia cultural y social. Esto significa que cada ser humano debe tener su Cristo, hecho a su imagen y semejanza, y que conozca y ame a través de su propia alma. Cada alma tiene su historia de Jesús, tiene su evangelio, que lee y asimila a su manera.

Los evangelistas que conocieron al mismo Jesucristo, directamente o por intermediarios, contaron su vida de diferentes maneras. Es el mismo Cristo, pero proyectado por el alma de cada uno de ellos. Cada cual retiene de su vida y de sus discursos lo que más le impresionó, lo que su alma asimiló mejor y relató en su evangelio lo que más convenía a sus destinatarios. Y es así como tenemos cuatro evangelios, cuatro vidas de Jesucristo, que se completan y enriquecen recíprocamente.

Hay, pues, tantas maneras de contar el evangelio, de leerlo y de vivirlo o, dicho de otro modo, tantas maneras de ser cristiano, cuantas maneras de vivir, de pensar, de hablar, de sentir y de reaccionar.

La catequesis, por tanto, para instruir a un pueblo debe tomar su lenguaje, sus tradiciones, su cultura, su alma. Debe moldear a Cristo a su medida. San Pablo recordaba a los gálatas que por el bautismo están vestidos de Cristo: "Porque cuantos habéis sido bautizados en Cristo os habéis vestido de Cristo" (Gál 3,27). Ahora bien: para vestir de Cristo al bautizado hay que hacerlo a su medida. Y si el apóstol Pablo se ha hecho todo a todos y se ha adaptado a cada comunidad humana que evangelizaba, para salvarla (1 Cor 9,19-23), ¡cuánto más debe hacerse su Maestro todo en todos para salvarlos a todos!

¿No puede hacerse negro entre los negros, para ganar a los negros, y amarillo entre los amarillos, para ganar a los amarillos, y así sucesivamente, la Persona "que se humilló tomando la forma de esclavo, haciéndose semejante a los hombres"? (Flp. 2,7).

Como Cristo, su cabeza, la Iglesia, no es universal porque tenga, entre sus fieles, negros, amarillos y blancos, sino porque ofrece a todos estos pueblos un Cristo de su raza que pueda identificarse con ellos para identificarlos con él. Un Cristo incapaz de ser de ellos no sería su Cristo, su Señor, su Verbo encarnado, "carne de su carne, hueso de sus huesos". ¿No vemos a cada pueblo pintar o esculpir a su imagen y en su color a su Cristo y a su Virgen?

Se puede imponer a las iglesias jóvenes un catecismo latino universal, pero tendrán una fe ficticia; se puede imponer a sus fieles un Cristo romano u occidental, es posible instalarlo en sus altares, pero resultará extraño a su alma y serán posibles entonces todas las vueltas de espalda.

Hay que ayudar, por tanto, a cada iglesia a hacerse su Cristo, el suyo, alma de su alma y vida de su vida; hay que ayudarla a hacerse su propia liturgia, su propia oración, su propio evangelio de Jesucristo; hay que ayudar a cada iglesia a redactar ella misma su catecismo, es decir, a vivir su vida cristiana, dentro de los límites de la fe común.

El Vaticano II quiso abrirse a todos los pueblos, adaptar la Iglesia a todas las culturas y a todas las civilizaciones. Apenas acaba de comenzar a realizar sus ambiciones. ¿Se le puede oponer un catecismo uniforme, llamado universal, que ligue a la Iglesia para mucho tiempo a un presente tan semejante al pasado y bloquee todos los esfuerzos desplegados para asegurar las reformas y las readaptaciones proyectadas por el Concilio?

El cristianismo nació en un mundo grecorromano, que tenía ya su civilización propia y avanzada, que lo marcó con su peculiar filosofía, con su cultura, como marcó a la Iglesia, desde Constantino, con su espíritu imperialista; aunque es verdad que el papa Juan XXIII habló de sacudir el polvo que se ha acumulado, desde Constantino, en el trono de San Pedro. Gracias a la iglesia romana asistimos hoy al nacimiento y al crecimiento del cristianismo en un Tercer Mundo que tiene poco que dar y mucho que recibir. Dejémosla trabajar libremente estas tierras, apenas roturadas, y marcar a estos pueblos todavía vírgenes con una cultura realmente evangélica, que no lleve los gérmenes de una civilización demasiado materialista y racionalista, que roe hoy al Occidente cristiano.

Estas iglesias jóvenes podrían tener un día que evangelizar a Occidente, en plena crisis de fe y de costumbres.

E. Zoghby

